



**PALABRAS
DE AGUA**
EDITORIAL

Recuerda lo que les ocurrió a los Inspiral Carpets. Eran los favoritos de la prensa cuando empezaron. No podían hacer nada mal. Salieron en la tele, en todas las revistas, hasta en Smash Hits; eran colegas de los periodistas, bebían con ellos, jugaban juntos al fútbol, se iban de marcha. Podías pensar que ya lo tenían asegurado. ¡Mucha mierda! Pasaron de ellos. ¿Inspiral qué? ¿Nuevo disco? ¡No me hagas reír! Eso es lo que le ocurre a cada banda que hace todo lo que se le ofrece, que sale en todas las portadas y todos los programas, que harta a la gente. No hay lealtad, no hay un sistema que premie a los grupos que se pliegan al juego de los medios. ¡No hay nada de eso! La prensa solo piensa en joderte. Desde el momento en que te consagran están buscando las grietas. Todo lo que podemos hacer es retrasar la agonía, el momento en que empezarán a estrangularte.

Kevin Sampson



1. I WANNA BE ADORED

Incansable, Spike apretó el acelerador, quemando kilómetros. Con una sonrisa beoda contemplé la carretera en movimiento, bordeada por árboles zarandeados por la tormenta. Llevábamos un día sin dormir, de fiesta en fiesta, alimentándonos de éxtasis para mantener el ritmo. Tom me pasó un porro humeante. La marihuana me atiborró los pulmones, despejando mis sentidos embotados por el MDMA. La melodía que sonaba en el equipo de música era demasiado estridente; me ponía los nervios de punta.

Tom susurró:

—Tío, quita esa mierda.

Spike lo observó a través del espejo retrovisor. Una sonrisa maníaca llenaba sus labios. Tenía las pupilas dilatadas como platos.

—¿Estás escuchando a My Bloody Valentine! —exclamó—. ¿No te gustan?

Mi colega ignoró su tono socarrón.

—No.

Jane abrió la guantera, revolvió las cintas, y sacó una elegida al azar.

—¿Los Stone Roses?

Tom protestó:

—Odio a los Stone Roses.

Mi amiga fue cortante:

—Cierra la boca.

Todos estábamos de acuerdo. Necesitábamos algo que estuviera en sintonía con nuestro estado anímico, o el bajón sería colectivo, desagradable.

—Pásame el canuto, cerdo.

Obedecí a mi colega. Expiré el humo perezosamente por la nariz, cerrando los ojos inflamados por la falta de sueño. La canción serenó los ánimos de la tropa; todos empezábamos a encontrarnos un poco paranoicos. La melodía penetró en mi cabeza con lentitud, llenando los resquicios de mi alma, aportándome una corriente de tranquilidad. El universo volvía a girar en la dirección correcta.

*I don't have to sell my soul
He's already in me
I don't need to sell my soul
He's already in me
I wanna be adored
I wanna be adored...*

Me hormigueaban los dedos. La hierba era cojonuda. Sus efectos relajaron mi sistema nervioso. Después de veinticuatro horas a toda pastilla necesitaba un respiro, o explotaría por alguna parte. Spike subió el volumen. Las guitarras colmaron el interior del viejo Dodge Charger, desvaneciendo el mundo exterior en una nebulosa incierta y distante. Las responsabilidades de la vida cotidiana podían esperar. Extáticamente, me incorporé unos centímetros, pegando la nariz a la ventanilla. Mi respiración formó una estela blanquecina sobre el cristal manchado de lluvia. La autopista estaba vacía; no veía tráfico por ninguna parte. Éramos los únicos supervivientes de una Tercera Guerra Mundial imaginaria. Las bombas atómicas habían exterminado al resto: la raza humana había pasado a la historia.

*I wanna be adored
You adore me
You adore me
You adore me*

I wanna
I wanna
*I wanna be adored...*¹

Spike sonreía, sarcástico, mientras terminaba el petardo.

—¿Te enteraste de lo del segundo disco?

Tom estaba demasiado pasado para reaccionar con inmediatez.

—¿De quién? —inquirió—. ¿De los Stone Roses?

—¡Claro!

—¿Qué pasó?

—La banda tiene problemas con la casa discográfica.

—¿Y eso?

Jane se adelantó:

—Silvertone los ha demandado por incumplimiento de contrato.

—No me jodas —resopló mi colega.

Spike fue cínico:

—Todo por la pasta, ¿sabes?

Una historia tan vieja como el mundo: los ejecutivos discográficos luchaban por explotar a sus artistas todo lo posible. El talento o la calidad de la música eran irrelevantes; solo importaban las ganancias. El mundillo musical era una porquería. Estaba lleno de sanguijuelas; de capullos trajeados dispuestos a aniquilar a quien hiciera falta.

Tom replicó lleno de hastío:

—La misma mierda de siempre...

Sin darle mucha importancia al tema, continué enfrascado en mis pensamientos, contando los postes eléctricos que quebraban la monotonía de las colinas cubiertas de niebla. El vehículo había respondido de puta madre. Spike era uno de los mejores conduc-

¹ *I Wanna Be Adored*, The Stone Roses (Silvertone)

tores que conocía; en ningún momento perdía el control, a pesar de toda la química que pudiera circularle por las venas.

La noche anterior regresó a mi memoria: estuvimos bailando hasta el amanecer, en una casa abandonada, bebiendo birras como locos, perdidos en la profundidad del bosque. Como siempre, reconocí a la peña. Venían de todas partes: Wigan, Bolton, Liverpool, Preston, Warrington, Cheshire, Gales, Mánchester. Cuando te mueves en los mismos círculos, terminas por averiguar de dónde es todo el mundo.

Tenía la garganta seca como un estropajo, me costaba tragar saliva. Las secuelas de las pastillas eran leves. Recé para que no me jodieran la jornada; aún quedaba mucha distancia hasta Salford. Jane abrió una botella de *Bell's*. Era la última del lote; tendría que durar hasta la tarde, cosa que me parecía imposible: éramos por antonomasia borrachos. No teníamos nada con qué mezclarla; bebimos a palo seco. El sabor amargo del whisky apartó el frío que nos hacía estremecer.

El álbum de los Stone Roses continuaba sonando. Debía reconocer que era un discazo; pocos grupos noveles tenían tanto talento desde el principio. El noventa por ciento necesitaba años de rodaje para sacar al mercado una obra maestra. Enumeré sus virtudes: la portada del álbum, con su fondo expresionista a lo Jackson Pollock; la excelente producción de John Leckie; los temas, que revelaban un *groove* heredado del *rock* clásico de los sesenta. Sin duda, era el mejor elepé publicado en Inglaterra en años.

La movida *Madchester* cambió nuestras vidas. Después de probar el éxtasis no fuimos los mismos; nunca volveríamos a ser inocentes; la infancia estaba enterrada en una tumba de gravedad. Los Stone Roses, James, los Happy Mondays, los Farm, 808 State, los Inspiral Carpets, EMF, Northside, A Guy Called Gerald y los Charlatans tornaron el panorama musical británico, convirtiéndolo en una juerga perpetua que se desvanecía a pasos agigantados, con

su sonido que bebía del *funk*, de la psicodelia, del *pop* de toda la vida y de la reciente escena *house*.

—¿Jane?

—Dime.

—Busca algo de Verve.

Spike soltó una sonora risotada.

—¿Crees que mi coche es una discoteca o qué?

Estaba loco por aquella banda. Seguía su carrera desde que, por pura casualidad, los descubrí en el Boardwalk, en febrero de 1991. Los había visto actuar en el Camden Falcon, en el Tom And Country Club, en el Mill At The Pier y en el Camden Town Hall. Jane me había conseguido todos los singles que habían editado hasta la fecha: *All In The Mind*, *She's a Superstar*, *Gravity Grave* y *Blue*. Había pillado una entrada para verlos en el festival de Glastonbury, que se celebraba en junio, y no veía la hora de que sacaran a la calle su primer disco.

—Sé que tienes el EP por alguna parte...

—¡Qué listo eres! —exclamó mi colega.

—Gracias, chaval.

A mi derecha, Tom roncaba a pierna suelta, en posición fetal, con las manos hundidas entre los muslos, utilizando su arrugada chaqueta de pana como manta. Satisfecho, prendí un pitillo, expulsando una bocanada de humo. Oscilábamos a la deriva, espoleados por el futuro ambiguo, naufragando en una tierra extraña, entre los escombros del pasado reciente. Spike era nuestro guía espiritual: visionario, estudiante fracasado, viajero acérrimo, consumidor de XTC, camello a jornada completa... Un rumor circulaba por las catacumbas del campus: durante una *rave* enloquecida que duró tres días consecutivos, de jueves a domingo, a las afueras de Heywood, mi colega robó un coche de la pasma. Borracho, condujo durante horas, hasta dejarlo abandonado en las cercanías de la cueva de Thor de Staffordshire. Como era lógico, ninguno terminaba de

creerse la historia. No encajaba con el carácter de nuestro amigo, que, con su malignidad habitual, no se molestó en desmentirla. Una máxima que soltaba ante la menor ocasión era: «No hay mejor publicidad que la mala publicidad».

Spike llevó el vehículo al arcén. Aparcó cerca de la valla y saltó al exterior para estirar las piernas. Curioso, estudié su cuerpo nervudo, terriblemente delgado, de metro noventa, mientras se alejaba del Dodge Charger oscilando los hombros con chulería. Como de costumbre, llevaba ropa descuidada, que se ajustaba a su personalidad como un guante: zapatillas, vaqueros amarillentos, camisa arrugada y chupa de cuero negra. Mi colega se detuvo y echó una meada contra un seto, ignorando la lluvia virulenta que le picoteaba el cuerpo. Su cabello estriado de gris ondeaba al viento.

—¡Está como una regadera! —bromeó Jane.

Le di la razón.

—¡No lo dudes!

Un minuto más tarde Spike regresó al coche con una expresión soñadora en los rasgos angulosos, donde destacaba una nariz prominente entre dos saltones ojos azules.

—Tengo hambre.

—Yo también —admitió Jane—. ¿Dónde podemos llenar el buche?

—Pronto llegaremos a una gasolinera —explicó—. Podríamos comprar bocatas o algo por el estilo.

Nuestra amiga no se hizo de rogar.

—De acuerdo.

Spike volvió a la carretera. La tormenta arreció, repiqueteando sobre el techo y el parabrisas. La autopista se convirtió en una masa imprecisa. Un tipo vestido con un impermeable amarillo hacía dedo bajo la lluvia. Lo habríamos llevado con nosotros, pero el coche estaba petado hasta la bandera. La botella circuló por el interior del Dodge Charger, pasando de mano en mano. En breve tendríamos

que conseguir otra; quedaba menos de la mitad. Spike adelantó a un camión. Mis fantasías de aislamiento se rompieron.

Deseé volver a casa y descansar unas cuantas horas, pero aquello era imposible; el regreso a Salford era lejano, interminable. Dormir, echar una cabezada rápida, reunir fuerzas para el resto del viaje. Aquel era mi lugar: la parte trasera del vehículo, borracho como una cuba, escuchando música a toda hostia.

—¡Despierta, Tom! —bramó Jane—. ¡O te quedarás en la cuneta!

Este dio un respingo. Malhumorado, balbució con voz pastosa:

—¡Que te follen!

Los tres rompimos en carcajadas.

—¡Cuidado con el menda —zumbó Spike—, que muerde!

La gasolinera apareció en el horizonte. Un rótulo de neón brillaba sobre los surtidores. Tomando un desvío, nos aproximamos a la cafetería, aparcando entre dos camiones. Somnolientos, salimos del Dodge Charger. Recorrimos el lugar, ateridos por el tiempo glacial. Entramos en el establecimiento. Los escasos clientes nos observaron con recelo. Era evidente que no les gustábamos un carajo; la peña estaba llena de prejuicios. Probablemente pensarían que éramos un puñado de colgados, cosa que se aproximaba bastante a la realidad; las medias tintas no casaban en nuestra forma de vivir.

Inesperadamente, me invadió el cansancio. Estaba hecho una mierda. La tristeza se apoderó de mis músculos, haciendo que me retrajera en un estado silencioso, depresivo. Mientras me sentaba en una silla metálica, estuve a punto de darle un cabezazo a la barra; la hierba deformaba mi sentido de la orientación. Nadie pareció percibir el incidente. Entorné los párpados, evitando las luces eléctricas que herían mis retinas hipersensibles. El local me resultó amenazante, desenfocado, cubierto por una nebulosa plomiza que lo transformaba en un erial lúgubre.

A través del humo en suspensión de los cigarrillos, un rostro hermoso ocupó la barra. Sus ojos castaños me llegaron al alma; parecía una estrella warholiana congelada en un primer plano. Spike sonreía, mostrando su irregular dentadura a lo Mick Jagger, y pidió con su tono más amable:

—¿Podrías prepararnos cuatro bocadillos de beicon?

—No olvides las birras —puntualizó Jane, sarcástica.

Spike enarcó las cejas, altivo, con cierta condescendencia, mirándola de soslayo.

—Y doce cervezas. Todo para llevar, por favor.

El bombón le devolvió el gesto.

—Claro.

Arrogante, Spike dio la espalda a la barra, apoyando los codos sobre el linóleo arañado por miles de consumiciones.

—Está buena, ¿verdad?

Tom esbozó una mueca achispada.

—Me la follaría encantado.

Mi colega lo picó.

—¿Le comerías el coño?

—¡Ni de broma!

—Necesitas tener confianza primero, ¿no?

—Por supuesto.

Spike fue mordaz:

—Eres un puto reprimido.

Esbocé una sonrisa. El volumen de la conversación había escandalizado a todo el personal. Rostros agriados nos miraban con repugnancia. Aquello empezaba a animarse.

—¿Se lo comías a Nicole?

Tom movió los pies, incómodo.

—A veces.

—¿Incluso cuando tenía la regla?

—¡No seas guarro, tío!

Mi amigo lanzó una risotada.

—¡Te he dado en tu punto flaco!

A mi nariz llegó el aroma de la comida. Las lonchas de beicon crepitaron sobre la plancha, propagando un olor delicioso. Mi estómago revuelto rugió.

Nuestro colega se había mosqueado.

—¡Vete a la mierda, Spike!

Por todos era sabido que, hace años, después de una juega brutal, Tom le hizo un cunnilingus a una menda nada más conocerla. Los dos estaban tan colocados de setas alucinógenas que no notaron nada, hasta que levantó la boca llena de sangre; resulta que a su amiguita le había venido la comunista mientras follaban.

Jane decidió sumarse a la broma.

—¡Ahora se hace el loco!

Respiré hondamente. Estaba a punto de devolver. El sabor amargo del *Bell's* se me pegaba al paladar. No sabía controlarme: nunca sabía cuáles eran mis límites; me gustaba demasiado sobrepasarlos. Luché por recomponerme, rogando porque ninguno de mis amigos se percatara de mi estado; se burlarían de mí durante semanas. Apreté los dientes. El último *Adam* estaba demasiado fuerte; ya no lo cortaban con nada; la resaca era fenomenal. Los violentos latidos de mi corazón amenazaban con destrozarme la caja torácica. Disgustado, busqué algún tipo de estabilidad, sin conseguirla.

La puerta del establecimiento se abrió y un par de polis entraron en la cafetería. El bajón desapareció de inmediato. La sorpresa me puso los pelos de punta. Al ver mi cara de alarma, Spike se volvió, provocador.

—¡Cómo registren el coche, se nos va a caer el pelo!

Tuve un estremecimiento de pánico. A mi colega le encantaba pinchar a la gente; siempre estaba armando la gorda.

Jane le dio un tirón de la manga.

—Cierra el pico, capullo.

Spike aumentó el volumen de voz:

—¡Bah! —exclamó—. ¡Qué más da!

Lo conocía. Antes de que saliéramos de allí tendría que dar la nota. Mi colega era un exhibicionista nato.

Tom musitó, preocupado:

—¿Queda algo de mandanga en el Charger?

—Una bolsa de pastillas —contestó con descaro—. ¿Te parece poco?

Sentí deseos de estrangularlo.

—¡Como no te calles voy a rebanarte el pescuezo!

Mi murmullo rabioso lo obligó a prestarme atención.

—¿Estabas ahí? —dijo mordazmente—. ¡Creía que habías muerto!

La camarera puso una bolsa de papel sobre la barra —el lateral izquierdo estaba lleno de manchas de grasa— con expresión cómplice.

—Son ocho libras con cincuenta, chicos.

Spike sacó su gastada billetera de cuero, le puso un billete de diez en la mano y le acarició los dedos con toda la cara dura del mundo.

—Quédate con la vuelta, guapa.

—Gracias.

Spike se lanzó de cabeza.

—¿A qué hora sales?

—A las cuatro.

—Pasaré a buscarte.

Sin darle tiempo a que le respondiera, le metió la lengua en la boca y le pegó un beso de tornillo.

Jane gruñó:

—¡Mierda!

Afortunadamente, la bofia estaba demasiado ocupada para percatarse del asunto; tenían las narices metidas en las tazas de café. Spike soltó los labios de la chorbá.

—¿Cómo te llamas?

—Victoria.

El nombre ideal para la chica adecuada.

—Nos vemos a las cuatro, nena.

—Perfecto.

Desdeñoso, nos guiñó un ojo. Cogió el papeo y salió a la calle sin molestarse en mirar atrás. Aquella hazaña pasaría a los anales de la historia de *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*.

Tom exclamó:

—¡Hijo de puta!

La envidia se mezclaba con la admiración. Jane lo secundó:

—Con lo feo que es el cabrón y siempre liga...

Me incorporé a trompicones, intentando aparentar normalidad, haciendo caso omiso a las expresiones siniestras de la peña. El camino hacia la puerta fue un infierno. Me era imposible regular mis pasos; todo daba vueltas como una peonza. La gelidez del exterior me devolvió un atisbo de firmeza; las ráfagas de aire helado parecieron abrirme cortes en la cara. Aterido, hundí las manos en los bolsillos de la chaqueta y procuré darles alcance.

Jane chilló:

—¡Date prisa, idiota!

Recuperé el sentido del humor. Abrí la puerta raspada por la valla que habíamos embestido la pasada noche, hundiéndome en el asiento trasero, desesperado por entrar en calor. Devoramos los bocadillos y apuramos las birras. Después del almuerzo tardío, Tom preparó unos canutos. La hierba impregnó mis fosas nasales, cargando el interior del vehículo. Reanudamos la marcha a gran velocidad. Nadie se tomó la molestia de bajar las ventanillas. Habíamos creado nuestro propio cosmos, lejos de la sociedad que aborrecíamos.

Atardecía. Los haces moribundos del sol encendieron la carretera, presagiando una noche sin estrellas. La borrasca cesó durante

unos minutos. Pasamos al lado de una fábrica desmantelada. Sus dimensiones eran una mancha pardusca y espectral sobre la regularidad del paisaje.

Jane inquirió:

—¿Vas a venir a buscarla, Spike?

—¡Que no te quepa la menor duda!

—¿Cómo aguantas, macho?

—No lo sé.

Tom comentó:

—Tienes un polvo seguro.

Mi colega sonrió.

—Ya lo sé.

Entonces, en aquel momento, descubrí que necesitaba recordar lo que nos había sucedido, exhaustivamente, para afrontar la semana que se avecinaba. Mi vida era una mierda: monótona, carente de atractivo, mediocre; idéntica a la de millones de jóvenes ingleses que desperdiciaban los mejores años de su existencia en empleos miserables y mal pagados. Por fortuna, mis amigos me aportaban la estabilidad que necesitaba a gritos; gracias a su influencia había descubierto una manera diferente de apreciar las circunstancias, cosa que nunca les agradecería lo suficiente. Los estudié, vencido por la fatiga. Jane: dependienta de una tienda de discos, fan de U2 hasta la muerte, quería ser dibujante de cómics cuando terminara la universidad. Tom: hipocondríaco, cada vez que tomaba un éxtasis la armaba; siempre terminaba liado con las peores fulanas de la fiesta. Y, por último, Spike: pastillero incontrolable, el equivalente a Dean Moriarty en nuestro grupo, no pasaba una semana sin que probara alguna sustancia química desconocida. Formábamos una peña extraña; no teníamos nada en común, excepto un amor ilimitado por la música. Jane adoraba el *rock* de los setenta, Tom el *baggy*, Spike el *shoegazing*, y en cuanto a mí, me quedaba con el *glam*. Los demás me vacilaban, alegando que los roqueros *glitter*

eran un puñado de maricones, pero yo pasaba de sus chistes. Artistas como David Bowie, T-Rex, Roxy Music, Gary Glitter, Slade, Sweet o Steve Harley, marcaron una época.

Necesitaba un cambio de aires. Inglaterra era aburrida; desde el *Segundo Verano del Amor* no pasaba nada. Los *clubs* de siempre empezaban a cerrar las puertas, porque no hacían negocio. Los tripis eran la droga del momento; pocos privaban cuando iban puestos de MDMA. Los beneficios iban a parar a las manos de los camellos; detalle que arruinaba a los propietarios de los locales. Ya no nos molestábamos en hacer la ronda de las discotecas. Las *raves* eran una opción mejor; no corrías el riesgo de deshidratarte por bailar en un espacio cerrado, y, lo más importante, nadie te clavaría dos libras por un botellín de agua.

De la noche a la mañana, todo cambió a una velocidad pasmosa. Las viejas pautas fueron reemplazadas por los vaqueros acampanados, las camisas coloridas, los sombreros de pescador y el símbolo del Smile. Como era lógico, agradecemos el viento fresco; las bandas que dominaban la escena musical desde principios de la década eran vomitivas. La oscuridad de los góticos desapareció, sustituida por los atractivos colores del arco iris. Desde el lunes no veía la hora de que llegara el viernes. Marcaba los días en el calendario, tachándolos uno detrás otro, exasperado por huir de una monotonía laboral aplastante. Beber, escuchar buena música, conocer gente, colocarme con pastillas, ligar con chicas, bailar hasta las tantas, me relajaba.

Jane interrumpió mis reflexiones.

—El próximo viernes hay fiesta en el Boardwalk.

Tom se mostró interesado:

—¿Cómo te enteraste?

Spike se anticipó a su respuesta:

—Seguro que se la chupó al portero para conseguir las entradas.

Todos reímos. Los seguritas del Boardwalk eran el eslabón perdido; sus pintas de orangutanes nos habían dado material para gas-tar bromas pesadas durante años. Jane puso cara de circunstancias mientras acababa el porro.

Tom inquirió:

—¿Dónde pillaste la hierba, Spike?

—Tengo una pequeña plantación en casa.

Mi colega añadió, oportunista:

—Tienes que pasarme unas cuantas semillas.

Spike fue magnánimo:

—Cuando quieras, tío.

Jane dijo:

—¿Os acordáis del *Imperdible*?

Fruncí los labios, asqueado.

—¡Como para olvidarlo!

Warren *El Imperdible* era un *punk* del método Stanislavski que seguía al pie de la letra las enseñanzas del Actor's Studio: interpretaba a un personaje basándose en sus emociones internas para conectar con la audiencia. En realidad era un soplapollas que iba de estrella, otro de tantos que hablaba de política las veinticuatro horas sin tener ni zorra idea de lo que iba el rollo, mientras vendía pastillas caducadas a los incautos que no conocían su mala fama como traficante. Según lo que tenía entendido, el único disco de su colección era el *Hangin' Tough* de los New Kids On The Block; un bodrio ideal para seducir a las crías de catorce años que se tiraba después de colocarlas con XTC en mal estado. En cuanto a su apariencia, era un adalid de la moda y del buen gusto: cresta teñida de color naranja, ropa rota y descuidada que no había visto una pastilla de jabón en siglos, dentadura de catálogo destrozada por la metadona. Aquel hijo de puta había establecido su cuartel permanente en el Conspiracy; parecía que era uno de los dueños o algo por el estilo. Desde entonces no

parábamos por allí; la gentuza que lo acompañaba nos daba ganas de vomitar.

A Spike le picó la curiosidad.

—¿Qué pasa con el menda?

Jane continuó:

—El otro día la bofia lo pilló en el aeropuerto con un kilo de caballo metido en el culo.

Tom rio.

—Espero que le dieran un buen repaso.

Jane empezó a preparar otro canuto.

—Está ingresado en el hospital —explicó—. Le partieron la mandíbula por tres sitios distintos. Cuando salga, irá al trullo en silla de ruedas.

Spike sentenció:

—¡Que se joda! —masculló—. ¿Recordáis aquella vez que me hizo la pirula?

Hacía tiempo, Spike cometió el error imperdonable de comprarle tres gramos de farlopa al *Imperdible*. Cuando llegó el momento de probarla, descubrió que le había vendido speed mezclado con detergente; una mezcla explosiva que nadie en su sano juicio querría esnifar. Warren utilizó el truco más viejo del mundo: puso una capa de nieve encima de la mierda. Cuando Spike examinó el tema no indagó hasta el fondo; se limitó a meter el dedo en la parte superior de la bolsa. Moraleja de la historia: no confíes en alguien que pueda joderte. Evidentemente, nos metimos aquella porquería. Tom tuvo hemorragias nasales durante casi una semana.

—Eres un puto gilipollas —le recriminó Jane—. ¿En qué pensabas cuando fuiste a pillarle?

Spike se defendió.

—Estaba puesto hasta las cejas, tía. *El Imperdible* era el único que tenía material aquella noche. ¿Yo qué sabía que era una maricona de mierda?

Tom ironizó:

—Ver para creer...

Comprar drogas es un puto coñazo: conseguir la guita, conocer a un camello de confianza, buscar un lugar tranquilo donde consumirla, quitarte de encima a los piojosos que se te pegan cuando llevas algo en los bolsillos, esquivar a la pasma que siempre está al acecho. A veces, era preferible adquirir unas cuantas botellas de whisky y ahorrarse todo el proceso. Pero entonces, ¿dónde estaría la diversión? Sin duda, el placer radicaba en romper las normas establecidas; lo prohibido atrae más que lo legítimo. La evidencia era indiscutible; no me cabía la menor duda al respecto.

Me encontraba mejor. Las ganas de vomitar habían desaparecido. Parecía que la comida y los porros habían surtido efecto. Busqué un pitillo en la caja arrugada: estaba vacía.

—Mierda.

Spike preguntó:

—¿Qué pasa?

—No me quedan cigarros.

Jane me alcanzó el porro.

—Fuma esto y deja el vicio, ¡cabrón!

Resultaba irónico que me ofreciera un petardo para que no tocara el tabaco: lo primero era más nocivo para mi salud que lo segundo.

Rechacé el canuto con un gesto.

—No, gracias.

Spike se burló de mí.

—¡Hazte el santo con nosotros!

No me apetecía colocarme más de lo que estaba. Después del bajón que sufrí en la cafetería de la gasolinera, había comprendido que mi cuerpo no daba para más. Debía mantenerlo bajo control o echaría las papas en el coche.

Tom dijo:

—¿Dónde está la bolsa, tío?

Spike estaba concentrado en la carretera.

—¿Cuál?

—La de las pastillas, capullo.

—En el maletero. ¿Quieres una?

—No. —Meneó la cabeza—. Solo tenía curiosidad.

Mi colega lo había calado.

—No te la vas a llevar a tu casa ni de coña, macho.

Tom puso cara de ingenuo.

—¡Qué mal pensado eres!

Spike fue sarcástico:

—Te conozco —puntualizó—. Venderías a tu madre por una chocolatina.

Jane se volvió y le propinó un puñetazo en el hombro.

—¡Basura!

Por norma, las peleas y los piques amistosos del grupo me divertían, pero estaba demasiado agotado para disfrutar de ellos en aquel instante. El problema era que dentro de poco empezaría a comerme el tarro, cosa que no me apetecía en absoluto; estaba harto de darle vueltas a las cosas sin llegar a ninguna conclusión grata. Lógicamente, no me arrepentía de nada de lo que había hecho desde el sábado; había sido una de las *raves* más locas y emocionantes de mi vida. De hecho, era el único de los que iban en el coche que había conseguido echar un polvo; algo que no pensaba contar a mis colegas. El sexo, tal como siempre ha sido mi estilo, está circunscrito entre las personas que lo realizan. No era como otros capullos que iban fardando de las tías que se trincaban. Mantener el pico cerrado, para bien o para mal, era una de mis mayores virtudes. Una de las lecciones más importantes que había aprendido en los *clubs*, noche tras noche, desde los diecisiete años, era que todo el mundo conocía a todo el mundo. No podías acostarte con nadie sin que se supiese al día siguiente, así que, en mi caso, era preferible pasar del tema; nunca había sido de los que desaprovechan las oportunidades.

Debajo de la máscara de timidez con la que solía cubrirme las espaldas, había un núcleo vago y neutro que aún no había logrado tomar sustancia. Aunque hubiera vivido experiencias que muchos tardarían años en aprender, estaba al principio del camino. Me faltaba la picardía de Spike —por poner un ejemplo— para considerarme un adulto. Mi carácter era observador e inquisitivo. Me molaba escuchar a los demás, asimilar sus costumbres y hacerlas propias, todo con la única razón de disfrutar de la vida. Nunca había sido un tipo solitario: me gustaba relacionarme con la gente y tener amigos; no hay nada más amargo que pimplar solo. Lo curioso era que, hasta hacía tres años, aparte de mi madre y mis hermanos, apenas me relacionaba con nadie. Mi amistad con Jane nació en la tienda de discos. Siempre que iba a comprar algún vinilo hablábamos de música, ajenos a la clientela que nos observaba como si fuéramos unos chiflados. A raíz de aquello, por mediación de mi amiga, Spike no tardó mucho en entrar en mi vida, haciendo que empezara a girar en enloquecidos círculos, de un *pub* a otro y de una droga a otra, para seguir el ritmo frenético y desenfadado que este llevaba en el cuerpo.

Indiferente a la conversación que se escuchaba en la parte delantera del Dodge Charger, Tom se echó la chaqueta por encima y volvió a cerrar los ojos; ni un niño de teta se hubiese quedado dormido con tanta rapidez. La tentación de hacerle una putada me invadió, pero, después de recapacitarlo durante un momento, decidí dejarlo en paz. Todos merecíamos un descanso. A pesar de haber bebido el doble, y, seguramente, haberse metido el triple de éxtasis, Spike continuaba al volante, con su eterna sonrisa dibujada en los labios. ¿Qué edad podía tener? Si mal no recordaba, era mayor que todos nosotros, once o doce años, como mínimo. Sin ser conscientes de ello, todos habíamos terminado duplicando su enloquecido estilo de vida: las drogas, las fiestas interminables, el sexo rápido sin complicaciones; era nuestro gurú psíquico a todos los niveles. Des-

pués de nuestra última juerga, lo más probable es que estuviéramos sin vernos unos días; necesitábamos recargar las pilas y disfrutar de nuestra cotidianidad, antes de planear el siguiente fin de semana. La amistad era algo precioso, debía ser atendida y cultivada con esmero; de lo contrario, terminaríamos peleados por alguna causa estúpida y trivial.

Irónicamente, jamás me había tomado las relaciones de pareja tan en serio: para mí las mujeres eran de usar y tirar; en aquellos momentos no tenía sentido comprometerme con nadie. Quizá, en un futuro próximo, conociese a una chavala que valiera la pena y pudiera comenzar una relación en serio, pero la verdad es que en aquel instante no deseaba ningún compromiso, ni a corto ni a largo plazo. ¿Por qué? La respuesta era muy sencilla: disfrutaba saliendo de marcha y fornicando a todo lo que se me pusiera por delante. Aquello que hiciese peligrar mi libertad me horrorizaba: era joven y pensaba disfrutarlo al máximo. Cuando llegara a la treintena, posiblemente percibiera las cosas desde otro punto de vista. No iba a desperdiciar los valiosos años de mi juventud con monsergas.

Entonces, sin venir a cuento, rememoré lo que nos había pasado desde el sábado. Spike pasó a buscarme con el equipo de música a toda leche, listo para montarla como solo él sabía hacerlo. Recordé la cara de despecho de mi madre, que no le gustaba en absoluto que me relacionara con un individuo que ella consideraba poco menos que un delincuente. Los dados estaban sobre la mesa; no había marcha atrás. Era hora de volver al principio de la historia. Puede que aprendiera algo por el camino...